

HOMBRES EN CRISIS

Cada mañana ante el espejo la imagen de su cara le hacía reflexionar acerca de su estado general. Últimamente no le gustaba nada lo que se reflejaba y si en la cara se muestran los estados internos y también, de alguna forma, todas las vivencias dejan en ella alguna huella, la falta de brillo y el escaso tono sobre fondo gris, podían ser el cruel resumen de su vida en los últimos años. Muchas veces éste tipo de observación de sí mismo le había llevado por el camino de la hipocondría y el miedo de padecer terribles enfermedades le impedía profundizar en lo que le estaba ocurriendo. Podía acabar en urgencias o en la consulta del médico buscando solución a su angustia. Pero ésta vez fue diferente, había podido aguantar la mirada sobre su imagen sin entrar en pánico y un destello de doloroso reconocimiento se desprendió de ése instante. Pudo ver en su rostro la huella del orgullo familiar que su padre se había encargado de grabar concienzudamente, como un lado de la moneda cuya cruz, contrapartida inevitable, estaba formada por la inseguridad y el sentimiento de incapacidad. Construida sobre ése falso cimiento, toda su vida, desde que era consciente, había oscilado como un péndulo entre ambos sentimientos contradictorios, a veces se manifestaba el orgullo y se enmascaraba la inseguridad otras veces la inseguridad tapaba el orgullo. Cuando se sentía fuerte caminaba con la nariz un poco levantada y no podía evitar sentirse un punto por encima de la gente, tenía una mente rápida y la lengua afilada, ésto compensaba su debilidad física, su constitución un poco enclenque poco dotada para los deportes. De niño dominaba con la inteligencia a sus compañeros y éstos a penas le perdonaban su torpeza en el recreo. Cuando creció y se tuvo que relacionar con las chicas, fue la época en la que se reflejó con más nitidez el conflicto de su vida. Era capaz de gustarles, incluso de seducir con la habilidad de su discurso, pero la inseguridad y el miedo de no estar a la altura de la expectativa suscitada, le traicionaban produciendo una humillante precocidad en el final de sus relaciones sexuales. Poder o no poder podría haber sido el lema de su vida hasta entonces. Aceptó un trabajo en el que ascendió hasta donde su inseguridad y sentimiento de incapacidad le permitieron pero mucho menos de lo que su orgullo hubiera deseado. Tenía que poner buena cara y aguantar a superiores que él despreciaba y siempre con el miedo de que otros más jóvenes y mejor dotados le desplazaran de sus privilegios. Cuando llegaba a casa y por fin podía relajarse, o se sentía enfermo o le salía el mal carácter, autoritario, exigente, descontento y preparado para sellar a su hijo con el orgullo y la inseguridad que impregnaban cada uno de sus gestos.

Aquel día el espejo le devolvió una imagen que le removió profundamente y a pesar del dolor que le produjo reconocer lo que de sí mismo no le gustaba, la experiencia le provocó un efecto liberador. Si le era posible ver con una cierta objetividad a ése personaje que llevaba su

nombre, lo podía hacer desde un lugar en el que ya no era ése personaje, se podía separar de él. Se había abierto una puerta hacia un espacio nuevo de sí mismo, ahora podía cambiar, responder de manera diferente.

Cada hombre es una nueva versión de lo masculino, la actualización de una de las innumerables posibilidades contenidas en su herencia. El patrimonio genético conforma los límites dentro de los cuales se van a desarrollar unas actitudes u otras, la mayoría por mimetismo otras por la coerción educativa. Cuando el hombre alcanza la madurez, alrededor de los cuarenta años, donde confluyen la experiencia y el vigor físico, se abren nuevas posibilidades, pierde fuerza la impronta educativa y el hombre puede conectar con estratos más profundos de sí mismo, hacer germinar semillas procedentes de los mejores ancestros. Una vez alcanzadas las metas profesionales y cuando la vida aparentemente se estabiliza, entre los cuarenta y los cincuenta, muchos hombres hacen fuertes crisis en su trayectoria vital que se ven reflejadas en la salud. Un nuevo impulso es necesario y si no se hace pié en lo más sólido y profundo de uno mismo, en la roca madre del espíritu, es muy difícil reconducir el impulso vital.

La imagen de nuestro personaje, devuelta por el espejo, es lo más similar a sí mismo que se podía hallar en ése instante afortunado en el que ve reflejada su neurosis. Este encuentro provoca una crisis tanto más curativa cuanto más intensamente es vivida la experiencia. Encontrarse con el lado oscuro de uno mismo, es la finalidad del tratamiento homeopático, en el que el médico ha de ser el espejo capaz de captar los trazos definitorios de la personalidad del paciente tanto en lo psíquico como en los signos físicos de su adaptación al medio, para que el remedio más similar haga reaccionar, provoque la reacción curativa y depuradora necesaria para restablecer la salud.

Entramos en crisis cuando algo inesperado se nos cruza en el camino, la expectativa que teníamos de nosotros mismos o de los demás no se cumple. Se quiebra la fantasía que nos habíamos hecho del mundo, nos vemos obligados a replantearnos las cosas y por éso mismo se abren nuevas posibilidades. Lo vivimos como una contrariedad y no es del gusto de nadie pero es la fisura por la que se cuele lo nuevo, la grieta que permite que se manifieste una nueva posibilidad.

Cada paso en nuestro crecimiento físico y en nuestra maduración psicológica, es la consecuencia de una crisis en la que caduca un aspecto de nosotros mismos para aparecer lo nuevo. Cada uno de éstos escalones que jalonan la evolución de todo individuo, va acompañado de un cierto sufrimiento que a modo de prueba, expiación o peaje, dependiendo del momento y de la naturaleza del paso que estemos dando, limita el acceso al nuevo estado a quien no sea capaz de tolerar el tránsito.

Si consideramos nuestro punto de partida en el parto, comienza nuestro recorrido con una buena crisis, dejamos de vivir en el agua y alimentarnos de sangre para vivir en el aire y beber dulce leche. La magnitud

del cambio está en relación con el dramatismo de la crisis, el dolor como efecto colateral no siempre es evitable y si bien es cierto que se puede paliar gran parte del de la madre, poco sabemos de la angustia y el sufrimiento del feto. Luego habrá que dejar lo dulce y cálido por otros sabores y sensaciones, brotará para ello el duro hueso através de la carne de la encía. Y experimentará el niño la fuerza de la gravedad y la dureza de la relación con la tierra para después de muchos golpes alcanzar la verticalidad que nos caracteriza.

Cada etapa madurativa del cuerpo físico va acompañada de una afirmación de la individualidad psíquica y una progresiva separación de la atmósfera protectora del entorno familiar. Pasamos de la total dependencia y necesidad de ser alimentados y cuidados a la posibilidad de hacerlo por nosotros mismos y en la plena madurez, a ser capaces de alimentar y proteger a otros. Y éste saludable proceso madurativo se expresa en el paso del egoísmo infantil, en el que el yo es el único objeto de amor y centro del mundo, a la vivencia del adulto capaz de amar a otro y darse generosamente. Y en un giro más de la espiral de la vida, cura de vanidades, de nuevo volvemos a necesitar los cuidados de los demás, en la inevitable decrepitud de los que no se quedan por el camino.

Este proceso es común a hombres y mujeres pero está matizado de manera notable por la diferencia de género. En el nivel individual, hacerse hombre y desprenderse de la dependencia infantil es quizás más difícil para el adolescente varón que para la chica hacerse mujer. En ello influyen factores físicos muy próximos, como la determinación objetiva e indudable de las reglas y la definitiva experiencia de la maternidad que le hace tomar conciencia a la mujer del tenue hilo que separa la vida de la muerte y que le obliga a enraizarse con fuerza. El varón, por el contrario, suele crecer con pocas responsabilidades y en general con dosis excesivas de cuidados maternos, protegido del dolor y de la incertidumbre, prolongará las demandas infantiles y adolescentes de una mujer a otra sin capacidad de entrega como para estabilizar una relación adulta.

También hay otros factores culturales y ambientales, muy poderosos que dificultan la eclosión de la masculinidad, como el hecho social de que lo femenino sea un valor en alza y lo masculino sea motivo de duda y de controversia al haber estado vestido, durante mucho tiempo, de falsos valores machistas. El machismo es una enfermedad social que oculta, en la mayoría de los casos, la carencia, total o parcial, de verdadera masculinidad. Y también dificulta, lo que es más grave, la visualización y el cultivo de los rasgos diferenciales y positivos de lo masculino. Ha de ser la mujer, como madre, la encargada hacer crecer y como amante, exaltar a través del deseo los rasgos de los nuevos hombres que más allá de la cadena de producción y consumo, sean capaces de dar estabilidad emocional y generar el ambiente de confianza y seguridad necesario para el desarrollo del grupo familiar.

Carece nuestra sociedad de pruebas iniciáticas, de ritos que marquen el paso a la edad adulta. Dejamos que el giro casual de los acontecimientos se encargue de poner a prueba y confirmar al hombre que se asoma en el adolescente. No hacemos nada para desarrollar la madurez masculina, al contrario, en un afán maternal desmedido tratamos de evitar al hijo cualquier sufrimiento, hacemos lo posible para alejar el mínimo peligro que pueda poner a prueba su valor, su capacidad de enfrentar el dolor y el miedo a la muerte que son parte de las experiencias básicas que van a templar su carácter y promover su maduración.

Muchos hombres, biológicamente maduros, prolongan su adolescencia o incluso su niñez, de forma indefinida. A falta de una experiencia transformadora, quedan atrapados en el círculo de la duda y del miedo del que muchas veces no son ni siquiera conscientes. Trabajan pero sobre todo juegan, olvidados de sus mejores posibilidades. Si se encuentran con una mujer fuerte salen huyendo o son arrastrados a un matrimonio fallido que, o durará muy poco, o la esposa acabará asumiendo el papel de su madre.

Bienvenidas las crisis del adolescente que quiere hacerse hombre y las del hombre que se ha de liberar de su pasado para encontrar lo más auténtico de sí mismo, por que si las crisis no son aceptadas de grado, vendrán por la fuerza de los síntomas físicos de la enfermedad, advertencia de que la vida es algo más que un juego.

Dr. Miguel Luqui Garde
Mayo del 2005
Barcelona